

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, abril de 1895 ✧ NÚMERO 26

— Con el presente número se entregará el cuaderno 26 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



LA CONDESA DE SCHWARTZBURGO:

Al ver que el salón se llenaba de hombres armados, el duque de Alba cambió de color, y sus compañeros miráronse entre sí, silenciosos y atemorizados

SUMARIO

La condesa de Schwartzburgo.—En 1798.—Dufavel y el pozo.—El cazador de caballos (*continuación*).—Aventuras de un prisionero de guerra.—Pensamientos.

LA CONDESA DE SCHWARTZBURGO

Una señora alemana, descendiente de una familia que se había distinguido largo tiempo por sus notables hechos de armas, y que había dado ya á su país un emperador, hizo temblar en cierta ocasión al formidable duque de Alba por su resolución y audacia. Cuando el emperador Carlos V regresaba, en 1547, á su campamento de Suabia, después de la batalla de Muhlberg, pasó por Turingia; y la condesa viuda de Schwartzburgo, princesa de Hemreberg, obtuvo de él un salvoconducto para que sus súbditos no sufriesen perjuicios por parte del ejército español al atravesar sus territorios. En cambio de esto, ofreció que permitiría á las tropas españolas, al trasladarse á Budolstadt, abastecerse de pan, cerveza y otros víveres á un precio razonable.

Al mismo tiempo, ordenó, como medida de precaución, que se demoliera el puente próximo á la ciudad para reconstruirlo á considerable distancia, para librarse así del espíritu de rapacidad de la soldadesca. A los habitantes de las diversas localidades por donde el ejército debía pasar se les dió aviso para que enviaran todos sus objetos de valor al castillo de Roldstadt.

Entretanto, el general español, seguido del príncipe de Brunswick y sus hijos, se acercaba á la ciudad, y convidó á sí mismo y á sus compañeros, enviando un mensaje para anunciar que almorzarían con la condesa de Schwartzburgo. Tan modesta petición, hecha á la cabeza de un ejército, no se debía negar, y la condesa contestó que se les daría cuanto hubiese en la casa, y que S. E. podría ir con la seguridad de ser bien recibido. Sin embargo, no dejó de recordar al mismo tiempo al general español que tenía un salvoconducto, y que esperaba se respetaría.

Llegado el duque al castillo, hízosele una recepción amistosa y encontró la mesa perfectamente servida. Hubo de confesar que las señoras de Turingia eran muy entendidas en el arte culinario y honraban las leyes de la hospitalidad. Sin embargo, apenas hubieron tomado asiento los caballeros, llegó un mensajero, casi sin aliento, é hizo llamar á la condesa: era portador de una noticia desagradable: los soldados españoles habían cometido violencias á su paso, apoderándose del ganado perteneciente á los campesinos.

Ahora bien: la condesa era una verdadera madre de su pueblo, y cualquiera que fuese la protesta de sus súbditos, injustamente perjudicados, era para ella un agravio. Poseída de indignación por aquella falta de buena fe, pero sin perder su presencia de ánimo, ordenó que toda su servidumbre se armase al punto en se-

creto y cerrara con barras y cerrojos todas las puertas del castillo. Hecho esto, volvió al salón para reunirse con los príncipes, que aún estaban á la mesa. Después de sentarse, quejóse en los términos más conmovedores del proceder que se observaba con ella, lamentándose de que no se cumpliera la palabra imperial. Sus convidados contestaron, riéndose, que aquélla era la costumbre en la guerra, y que no se debía hacer aprecio de los leves desórdenes de los soldados cuando van de marcha.

—¡Pues ahora lo veremos!—replicó la condesa con resuelta expresión.—Mis pobres súbditos han de recobrar aquello de que se les haya despojado, ó ¡vive Dios,—añadió elevando la voz con tono amenazador,—que si no se hace así, la sangre de los príncipes pagará la de las vacas!

Así diciendo, salió del salón, que á los pocos minutos se llenó de hombres armados, que, espada en mano, aunque muy reverentes, colocáronse detrás de las sillas de los príncipes, como si fueran camareros.

Al ver entrar aquellos hombres con aire tan resuelto, el duque de Alba cambió de color, y sus compañeros se miraron entre sí, silenciosos y atemorizados. No teniendo cerca su ejército, y viéndose rodeados de hombres que parecían resueltos á todo, nada podían hacer sino tener paciencia, ofreciendo á la ofendida dama las mejores condiciones. Enrique de Brunswick fué el primero en recobrar su presencia de ánimo, y disimuló sus impresiones soltando una carcajada, que era el medio más razonable para convertir en asunto de broma todo lo que había pasado. Concluyendo con un pomposo panegírico sobre la conducta de la condesa y su intrepidez, rogó que escuchase razones, y se comprometió á conseguir que el duque de Alba consintiese en todo cuanto fuese equitativo. En efecto: obtuvo que el duque enviase inmediatamente una orden al ejército para que devolviera el ganado á las personas despojadas de él.

Cuando el mensajero volvió con un certificado expresando que se habían satisfecho todos los daños y perjuicios ocasionados por las tropas en varios pueblos, la condesa de Schwartzburgo dió gracias políticamente á sus huéspedes por el honor que le habían dispensado al visitar su castillo; y ellos, en cambio, despidiéronse muy cortésmente de la castellana.

EN 1798

En 1798 hubo que registrar en la Gran Bretaña una grave rebelión de los irlandeses, los cuales creyeron que los apoyarían los republicanos franceses. Los irlandeses atacaron á los protestantes, poniendo en terrible aprieto á los que transitaban por los caminos y haciéndose fuertes en Monte Vinagre. Muchas veces saquearon á los prisioneros que hacían, hasta dejarlos en cueros ó poco menos. Los católicos hicieron morder el polvo en más de una oca-

sión á las *casacas rojas*, y no fué raro que la esposa, la hermana, reconociesen á su esposo ó á su hermano en los sangrientos cadáveres abandonados en las calles de Cork ó los campos.

Lo extraño es que, según la tradición, al huir el rey Jacobo después de la batalla de Boyne, se detuvo en Monte Vinagre para tomar aliento; pero una profecía anunciaba que antes de transcurrir un siglo triunfarían allí mismo los jacobitas sobre los orangistas, y, en efecto, la profecía se cumplió, pues allí fueron derrotados en 1798, después de lo cual los irlandeses entraron en Cork. Prolongóse la campaña casi un año entero, hasta que los realistas tomaron Monte Vinagre. Fué muy notable que las masas rebeldes irlandesas estuviesen constituidas generalmente por gente joven, muchos de los cuales no llegaban á los diez y seis años, exponiéndose en tan temprana edad á las malas tentaciones que sugiere la guerra. Muchos emigraron á América, y de aquella malograda rebelión no quedó sino un recuerdo más contra la tiranía de la insolente *madrastra*.

DUFAVEL Y EL POZO

Cierta mañana del mes de septiembre del año 1836, Dufavel, individuo de una cuadrilla de trabajadores ocupados en abrir un pozo en Champvert, cerca de Lyons, salió á primera hora de su casa, situada á una milla de distancia, y, al llegar al sitio donde se hacía la obra, dispúsose á bajar para dar principio á su trabajo.

Media docena de sus compañeros habían llegado ya, y uno de ellos, tirándole de la chaqueta, advirtiéndole que sería una imprudencia bajar.

—Te aconsejo,—díjole,—que no bajes ahora, pues sería expuesto.

—¿Por qué?

—Porque al llegar aquí he examinado detenidamente el pozo, y me ha parecido que el terreno cede.

—No lo creo,—replicó Dufavel, mirando también hacia el fondo.

—Pues no dudes de lo que te digo,—repuso su compañero.—A primera vista, parece seguro; pero yo tenía mis dudas, y anoche me tomé la molestia de examinar bien, y es evidente que la tierra se ha movido, aunque se ha de tener en cuenta que llovió por espacio de dos horas mientras dormíamos.

—Sin duda, se te habrá figurado lo que dices,—replicó Dufavel;—pero, de todos modos, siempre me quedará tiempo de bajar á coger mi cesta.

Así diciendo, entró en el pozo, que tenía sesenta y dos pies de profundidad.

Cuando estaba á medio camino oyó un rumor como el que produce el desprendimiento de tierras, y dos piedras de regular tamaño cayeron al punto, pasando muy cerca del trabajador, que, encasquetándose su gorra de pie-

les, siguió bajando, hasta que llegó al fondo sin más novedad.

Después de colocar dos tablas en su cesta, disponíase á subir, cuando cierto ruido le hizo levantar la cabeza.

En el mismo instante percibió claramente el rumor de maderas rotas y de piedras que ruedan; los lados del pozo se movían, al parecer, y cinco de los soportes colocados como puntales se deslizaron fuera de su sitio.

Muy alarmado, Dufavel pidió socorro; mas, apenas el grito salió de sus labios, vió bajar sobre su cabeza una avalancha de tierra, que, sin duda, debía cortar la retirada. A decir verdad, le hubiera asfixiado de repente, á no mediar la casualidad, y fué que, por fortuna, los fragmentos rotos de los puntales cayeron de tal modo que formaron como un arco sobre el trabajador; y en un instante se oprimieron los restos de tal modo en dicha posición, que sostuvieron las piedras y las toneladas de tierra suspendidas sobre Dufavel, quien no por eso dejaba de estar como en una tumba animada.

El compañero á quien había llamado oyó el grito de socorro, y también el ruido ocasionado por el desprendimiento de tierras; dió aviso á los otros, y todos corrieron hacia el brocal.

—¡No hay remedio: ya es hombre muerto!—exclamaron á una.

Y durante uno ó dos momentos, nadie dudó de la verdad de esto; pero quiso la casualidad que la cesta de Dufavel estuviese atada á la cuerda de que se había servido para bajar; y, apenas sus compañeros comenzaron á tirar de ella, creyendo izar su cadáver hasta la superficie, el infeliz observó que con sus esfuerzos hacían golpear la cesta contra las tablas rotas sobre él, de tal modo que se ponía en riesgo su vida.

En su consecuencia, sacó del bolsillo su navajita para cortar la cuerda, y, apenas lo hubo hecho, los hombres que estaban en la boca del pozo pudieron sacarla con facilidad. En un principio asombróles la prontitud con que la cuerda había salido, contrariándoles, sobre todo, no haber conseguido sacar el cadáver; mas, apenas la hubieron examinado detenidamente y se notó que estaba cortada con un cuchillo, dejaron escapar una exclamación de alegría: era evidente que su compañero vivía, y, en su consecuencia, pensóse en el medio de sacarle de allí.

Esto no era nada fácil, y uno de los trabajadores corrió á Lyons para pedir auxilio.

Las autoridades municipales llegaron muy pronto al lugar, y poco después un hombre salió en busca de varios minadores militares para que los ayudaran con sus consejos. Evidentemente, sería del todo inútil esforzarse para bajar al pozo, porque sería exponerse á precipitar las tierras suspendidas sobre la cabeza del infeliz, ocasionando su muerte inmediata; y, en su consecuencia, los minadores, dirigidos por oficiales expertos, comenzaron por abrir un paso subterráneo para llegar hasta Dufavel.

El agujero producido por el paso de la cuerda fué muy útil, pues por allí Dufavel pudo recibir aire fresco y algún alimento y bebida, indispensable para el pobre hombre, porque se necesitaba tiempo para abrir el pasaje subterráneo. También podía hablar á través del agujero con los que bajaban á llevarle los víveres, y de este modo se le hizo menos enojosa su prisión.

Sin embargo, hallábase en la más completa

Los brazos, por fortuna, estaban libres, y, gracias á esto, pudo cortar con su cuchillo la parte de madera que más le molestaba, ensanchando el agujero para comunicarse con el mundo exterior.

La operación para sacar á Dufavel de allí era tan peligrosa, y se debía proceder con tanto cuidado, que transcurrió casi una semana, desde el día en que el pobre quedó sepultado hasta que los minadores consiguieron alcan-



EN 1798: Monte Vinagre

oscuridad; mas le fué dado calcular la marcha del tiempo de una manera muy curiosa: por algún medio ú otro habíase introducido hasta allí una mosca de las más grandes, é hizo compañía á Dufavel mientras estuvo allí. Cuando oía el insecto zumbiar, revelábale esto que era de día; y si reinaba silencio, pensaba que la noche habría llegado ya.

El trabajador dijo después que la compañía de aquel insecto le había servido de gran consuelo en medio de sus molestias.

Entretanto, la situación de Dufavel era cada día más lastimosa. Oprimido por la espalda contra el fondo del pozo, tenía la parte superior del cuerpo inclinada hacia adelante por las tablas de arriba; debía mantener doblada hacia atrás la pierna derecha, mientras que la izquierda hallábase del todo extendida, con el pie cogido entre dos tablones. Y en cuanto á la cabeza, teníala de lado, estrechada contra el hombro izquierdo.

zar una profundidad igual á la del fondo del pozo, aunque se trabajaba noche y día.

El viernes, 9 de septiembre, cuando los trabajadores hubieron socavado á un nivel inferior en algunos pies al del fondo del pozo, abrieron una galería algo ascendente para dirigirse á la celda de Dufavel, y el oficial que dirigía las operaciones anunció que dentro de veinticuatro horas se llegaría á ella; pero los crecientes obstáculos que presentaba el terreno demostraron muy pronto que se tardaría más.

Entretanto, Dufavel se resignaba como un héroe; y como un primo suyo bajase al pozo para hablar con él por el agujero, preguntó con ansiedad si los minadores adelantaban mucho, á lo cual contestó el otro que podía contar como segura su salvación.

—Si mañana salgo de aquí, —dijo, —hará ocho días que estoy aprisionado en este agujero, y bien puedo esperar uno más.

Habíase tenido cuidado de proporcionarle



EN 1798: Los insurrectos irlandeses deteniendo a los protestantes en las carreteras

diariamente caldo, vino y otros alimentos, empleándose para este fin una botella que se bajaba por el agujero suspendida de una cuerda. Por medio de unos grandes fuelles se hacía llegar aire hasta él, á través de un tubo.

También se le envió una pequeña lámpara,

juntamente con un largo saco estrecho para poner en él y conducir á la superficie la tierra que se acumulaba al rededor de sus pies y piernas, y que pronto le habría ocasionado la muerte si no le hubiese sido dado retirarla. Para que pudiera llamar la atención de los

que estaban arriba cuando desease alguna cosa, suspendióse una campanilla en la boca del pozo, atada á una cuerda cuya extremidad estaba al alcance del prisionero.

Día por día el terreno iba cediendo, y á menudo los trabajadores necesitaban horas para reparar los desprendimientos, y además era necesario proceder con la mayor cautela al acercarse á Dufavel, pues había fundados motivos para temer que, apenas se abriera comunicación entre el fondo del pozo y la galería, la masa de tierra suspendida sobre la cabeza del infeliz le aplastaría tal vez en el momento de estar tan próxima su salvación.

Al fin, á eso de las dos de la madrugada del viernes 16 de septiembre, los minadores consiguieron practicar una pequeña abertura en el pozo, á espaldas de Dufavel, que profirió un grito de alegría al ver á sus salvadores.

Entonces se aserraron las tablas en que se apoyaba, á fin de abrir un paso para sacarle de allí, en cuyo trabajo el mismo Dufavel ayudó con su cuchillo; y cuando los esfuerzos de todos retiraron los obstáculos por aquel lado, el prisionero pudo volverse y saltó hacia adelante, abrazando á la persona que tenía más cerca.

Una vez en la galería horizontal, se le condujo á la entrada del paso ascendente, tapándosele con mantas á fin de preservarle del frío, del cual se resentía más por haber estado tanto tiempo bajo tierra. En una silla de brazos se le sacó á la superficie, en medio de las aclamaciones de una multitud de espectadores.

AVENTURAS DE UNOS PRISIONEROS DE GUERRA

Mr. Ellison, capitán del bergantín *Rachael*, de Liverpool, fué cogido prisionero con su tripulación por un buque francés en 2 de diciembre de 1803. Se le condujo á la costa francesa, y desde allí le hicieron pasar á la fortaleza de Verdun.

Aquí no se encerraba á los prisioneros, sino que se les concedía cierta libertad, permitiéndoseles pasear por la población y hasta por las inmediaciones, con tal que volviesen de noche, antes de cerrarse las puertas de la ciudad. Por supuesto, estaban prisioneros bajo palabra, y debían prometer solemnemente no intentar la fuga mientras se les dejaba libres. Faltar á la palabra, no era solamente deshonesto, sino que se castigaba con la pena de muerte, una vez cogido el fugitivo. En su consecuencia, el capitán y sus tripulantes, que estaban resueltos á escapar, debían buscar, ante todo, medios para que se les relevase de su palabra.

Era indispensable, sin embargo, hacer algunos preparativos antes de dar este paso. Mientras aún estaban libres para recorrer la ciudad, compraron mapas para guiarse, señalando el camino que se proponían seguir; y también adquirieron algunas barrenas y varias sierras pequeñas, de las que se usan para cortar hierro. Ocultaron estos instrumentos en sus som-

breros. Hecho esto, formaron una especie de mochilas, en las cuales pusieron cada cual una camisa y varias provisiones, y escondieronlas en un bosque cerca de la ciudad.

Ya estaban preparados para que se les relevase de su palabra, y esto lo consiguieron volviendo demasiado tarde una noche. En su consecuencia, se les encerró en la ciudadela; y apenas hubo girado la llave de la puerta, juzgáronse libres para comenzar su trabajo. Habíanse arrollado en la cintura una cuerda muy delgada, pero fuerte. Llevaban los útiles en sus sombreros, y en el forro de los bolsillos, bien guardado, el dinero.

«A eso de las cinco—dice el capitán Wilson—bajé la escalera que conducía desde nuestro encierro á una iglesia inmediata y practiqué varios agujeros con una barrena, dejando un espacio intacto para que no cayera el pedazo de tabique que yo quería arrancar. Después lo tapé todo con ceniza húmeda, á fin de que no se viera mi obra si alguno llegaba allí. El tabique no era más grueso que una puerta común, y, por lo tanto, la operación no me ocupó más de media hora. A eso de las diez, cuando la ronda hubo girado su visita de inspección, volví á bajar la escalera con mi gente y arranqué el pedazo de tabique, lo cual creí que no produciría ruido alguno.

»Pero al romperse crujió con tal fuerza, que el ruido resonó en la iglesia como una detonación, aunque sin alarmar á nadie más que á nosotros. Mi compañero King y yo atravesamos en un momento; pero Alison, más robusto que nosotros, quedó cogido en el agujero, y debimos ayudarle á pasar.

»Después cruzamos la iglesia para trepar por una de las ventanas, esperando que podríamos salir por allí; mas el paso era demasiado estrecho. Al andar de un lado á otro para encontrar nuestro camino, hicimos caer un banco de madera, que produjo gran ruido. Los perros ladraron, el guardián salió y todo fué confusión; mas, por fortuna, nadie fué á visitar nuestras celdas, ni entró en la iglesia para ver qué ocurría. Al fin, encontramos una ventana pequeña sin barrotes, á través de la cual conseguimos salir. Cruzamos el patio de la iglesia y nos vimos ante una pared de siete ú ocho pies de altura, sobrepuesta de un tejadillo. Fué necesario levantar las tejas, y, aunque de vez en cuando cayó alguna, esto no alarmó al centinela.

»Cuando el reloj daba la una, el último de nosotros bajaba á la ciudadela abierta, y sin perder momento nos dirigimos á la casa del gobernador, donde no era de esperar que hubiese centinela, por hallarse aquélla desocupada. Sin embargo, había uno; pero como nos permitió pasar sin dar el quién vive, dedujimos que dormía ó que era un recluta joven, tan atemorizado como nosotros. Nos precipitamos en el jardín. King, que iba delante, saltó sobre una pared de tres pies de altura, creyendo que tendría la misma elevación al otro lado; pero había bastante más, y cayó pesadamente, sin que esto le impidiera advertirnos que nos des-

colgásemos con las manos. Avanzando á lo largo de las fortificaciones, vimos á poco la garita de un centinela, en la que éste parecía dormir, pues hallábase recostado y no nos vió pasar. Ya me disponía á dejarme caer por el otro lado de la muralla, en cuya parte superior me hallaba, cuando King, que tenía mejor vista que yo, previnome que permaneciera quieto, porque, de lo contrario, me estrellaría contra las piedras. La noche era muy oscura y habíamos equivocado el sitio por donde nos proponíamos bajar.

»Llegando, al fin, á un punto en que la pared estaba un poco derrumbada, creímos que sería fácil bajar por allí, y, en su consecuencia, cada cual desarrolló la cuerda que llevaba en la cintura y la sujetó en una proyección de piedra, disponiéndose á bajar. Habíamos echado suertes para ver quién sería el último, y le tocó á King. Alison descendió primero, después Barklmore; y entonces King me suplicó que le concediese mi turno. Cuando comenzaba á bajar, encontré la cuerda tan tirante por el peso de los que me precedían, y tan resbaladiza por el roce de sus manos, que no podía mantenerme cogido, y era forzoso soltarla ó deslizar por ella mis dedos, que, seguramente, quedarían cortados hasta el hueso. En su consecuencia, solté, y caí de espaldas desde una altura de quince pies, según yo calculé.

»—¡Ellison es muerto!—gritaron mis hombres.

»Yo les demostré que se engañaban, levantándome al punto. Cuando llegamos á nuestro escondite del bosque, y en el momento de inclinarme para coger mi mochila, perdí el conocimiento; pero pronto me recobré. Después de comer y beber un poco descansamos un rato, y al rayar el día propuse que nos internáramos más en el bosque.

»A eso de las cinco se disparó en la fortaleza un cañonazo para avisar á la gente del país que debía registrar las espesuras. Nosotros permanecimos unidos y silenciosos, y á eso de las diez oímos cerca de nosotros las voces de hombres que nos buscaban.

»Volviendo á quedar todo tranquilo, King echó de ver que tenía una luxación en los tobillos, pues, así como yo, habíase visto obligado á soltar la cuerda, y cayó de pie. Me examinaron á mí la espalda, y, aunque muy dolorida, vióse que no había ningún hueso roto; de manera que esperábamos estar dispuestos á emprender pronto la marcha.

»Permanecimos cuatro días en el bosque; en los dos primeros hizo muy buen tiempo; pero después comenzó á llover. En la tercera noche, sintiéndome ya más aliviado, fui con Barklmore á buscar agua á un arroyuelo que distaba dos millas.

»En la quinta noche emprendimos la marcha, y á eso de las doce llegábamos al Mosa. En el centro de la corriente hay una isleta que se comunica por un puente con un pueblecillo á cada lado. Cruzamos por el primero, y no vimos cosa alguna que nos inquietase; mas, al llegar al segundo, la campana de la iglesia co-

menzó á dar la señal de alarma. Entonces corrimos á la isla para escapar por el otro lado; pero nos recibieron disparando tres ó cuatro pistoletazos. En aquel instante toda la gente del pueblo estaba alarmada ya, y los hombres tocaban sus bocinas. ¿Qué se podría hacer? Habíamos caído en una ratonera. El enemigo estaba delante y detrás, con el río á cada lado, y ninguno de nosotros podía nadar. Nos apartamos del camino para correr á lo largo de la orilla, y con indecible gozo encontramos un bote. Saltamos dentro de él, y muy pronto cruzamos la corriente, dejando de oír los gritos de nuestros perseguidores. Al rayar el día nos encontramos en un bosque, donde se había cortado ya toda la maleza y el ramaje; de modo que sólo teníamos los troncos de los árboles para ocultarnos. Nos aprovechamos de ellos, y con la vista atenta, permanecemos allí todo el día.

»Llegada la noche, continuamos la marcha, y se avanzó bastante á favor de la oscuridad; pero al llegar el día nos ocultamos en los bosques. Con frecuencia padecíamos bastante á causa de la sed; mas llevábamos víveres para diez y ocho días, tomando cada cual onza y media de salchichón de Bolonia, un cuarto de libra de pan y dos bocanadas de aguardiente.

»Con el auxilio de nuestro mapa seguíamos bastante bien el camino más recto, teniendo cuidado de no entrar en casa alguna, y solamente dirigimos la palabra á dos hombres que encontramos. Uno de ellos nos encaminó á la ciudad de Toul, sin hacernos preguntas, y el otro nos dijo que parecíamos desertores, que nos compadecía mucho y que no temiéramos su delación. Nos instó á ir con él para darnos algún alimento; pero se le contestó que teníamos prisa y que no nos atrevíamos á perder un solo momento, porque tal vez nos cogerían. Atendiendo á estas razones, el buen hombre nos indicó el mejor camino, estrechónos las manos y, deseándonos buena suerte, se alejó.

»El undécimo día lo pasamos en un bosque en la falda de una montaña, tan empinada, que no nos atrevimos á echarnos, porque á pocos metros de la base había un precipicio, en el cual estuvo á punto de caer King á causa de estar casi oculto por el ramaje. Durante todo el día llovió, y permanecimos sentados junto á los troncos de los árboles, recibiendo el agua con toda resignación. King tenía tan débiles los tobillos, que fué preciso andar muy despacio »

(Se concluirá)

»»»»» PENSAMIENTOS «««««

—La mansedumbre fingida es la cólera encadenada, que llega á ser espantosa cuando se desata.

—Si quieres ser buen esposo, haz por que tu mujer no te encuentre ni débil ni tirano, ni celoso ni sobradamente confiado, ni tacaño si eres rico, ni con exceso complaciente.

Tu norma debe de ser en todo la prudencia.



EN 1798: Fuga de un prisionero inglés despojado por los irlandeses

—Las exageraciones de las virtudes degeneran en vicios.

Así, la previsión que aconseja el ahorro puede convertirse en verdadera codicia.

—ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA—
 RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA